MORENO, EL DE ZALAMEA

I

A Gonzalo Bilbao (*).

En el sosegado curso de aquella metódica é inalterable vida de la casa de mis abuelos, donde por mitad imperaban el más estrecho orden y observancia religiosa, casi monástica, y la más rigurosa etiqueta, producíase de vez en cuando una brusca y enorme desviación, un cambio tan insólito é increíble, como si la casa se volcase de improviso, techo abajo y cimientos arriba.

Era el caso, que en aquella ordenadísima y pulcra mesa del comedor de mis abuelos, donde por altos respetos á las reglas de urbanidad y á la blancura de los manteles no se nos consentía á los niños, no ya comer *con los mayores,*

(*) Al ilustrar—para la revista *Hispania,* en que se publicó—el presente relato el lápiz del insigne autor de *La siega,* hizo una verdadera creación de la figura del protagonista; á Gonzalo Bilbao pertenece, pues, de derecho *Moreno el de Zalamea.*

pero ni poner las manos pecadoras, que solían escarbar en la tierra de las macetas y acariciar á los gatos; en aquella misma inaccesible y veneranda mesa, regalábase con frecuencia un rústico, un campesino, un patán—¡así como suena!,—el cual, tan pronto como sentaba las valientes y peludas zarpas sobre los manteles, daba al traste con la blancura de ellos y con todas las pragmáticas de urbanidad y buena crianza habidas y por haber.

Y esta singular perturbación del orden doméstico fue sin duda el motivo de que en mi imaginación infantil se grabase con trazos indelebles la imagen vigorosa del perturbador; porque empeñada mi curiosidad en buscar en su rústica persona cualidades que justificasen el inusitado honor que mis parientes le otorgaban, díme á estudiar y á desmenuzar con los ojos tan insistentemente aquella figura, que me la aprendí de memoria, y con tal ahinco, que en la memoria la tengo y la tendré siempre esculpida en alto relieve, como en el más duro bronce.

Desde que al apearse del sardesco macho, que arrendaba á los hierros de una ventana baja, tiraba enérgicamente de la campanilla de la *reja,* vibraba la casa con el alborozo, ruido y animación que por toda ella difundía su presencia. Al cruzar el patio, las escaleras falsas y ambas cocinas (baja y alta), iba derramando su largueza y jovialidad en cigarros para el mozo y en saludos y piropos, de buena ley, repartidos entre las sirvientas estables y las *allegadizas,* que tanto abundaban en aquella patriarcal vivienda andaluza.

Cuando su voluminosa persona y adherentes *atracaban* á la puerta del comedor, que era estrecha y baja, nos quedábamos á obscuras los de adentro.

—¡Dios guarde á ustedes!—saludaba el rústico desalojándose bruscamente de las alforjas, del capote y del fieltro, y entregando á la doncella el acostumbrado regalito, consistente, según la estación, en un puchero de sabroso *dulce de vendimia* (arrope), ó en una cesta de almibarados *damascos* (albaricoques), ó de ambarinas uvas cubiertas con anchas hojas de parra ó de higuera que, caldeadas por el sol, trascendían á savia fresca, con cuyo aroma y con el intenso de la fruta sazonada y el husmillo á caballeriza que la montura comunicaba al jinete, llenábase la pulcra estancia de acres emanaciones campestres, á las cuales se sumaba desagradablemente el tufo al humazo de tabaco de que estaban impregnadas las ropas de Moreno, que así se apellidaba nuestro honrado huésped.

El cual, una vez libre del capotón y del sombrerazo, mostraba haber sido todo *un real mozo*—porque ya pasaba de los cincuenta,—y ser todavía colorado y sano, como pero rondeño, limpio como el oro, derecho como un huso, recio como una encina y arrogante como un atleta.

Tenía el magnífico y robusto tipo romano; cabeza pequeña, soberanamente plantada sobre torso agigantado y brioso. Y de su alma rebosaban la misma buena salud, placidez y hermosura que resplandecían en su cuerpo.

Era digno compatriota del más admirable de

los personajes calderonianos, y por serlo, le apellidábamos invariablemente *Moreno*, *el de Zalamea*, sin que llegase nunca á mi noticia su nombre de pila.

—¿Con que paisano del *Alcalde de Zalamea*, eh?—preguntóle un día mi padre en tono halagüeño, y el buen hombre respondió candorosamente:

—No zeñó; hogaño l'arcarde é foraztero.

Ni sospechaba la existencia de *Pedro Crespo*, y sin embargo ¡se le parecía tanto! Mientras almorzaba, engullendo el par de huevos con chorizos, ó sorbiendo del tazón de café con leche, no cesaba de hablar de *aransás*, de olivos ó de *pan llevar*, de *garrotales* ó *estacás*, de la *simentera*, de la *cogía* y la molienda, del *ajorro* y del atraso, de la *contribusión*, del *cabirdo* (ayuntamiento), de *hipotecas*, *pagarés* y *desahucios*, con otras cosas de ese jaez, que para nosotros, los niños, era letra muerta y monserga insoportable.

Pero al andar de los años y al despertar de la reflexión, fuí yo advirtiendo en el buen Moreno cualidades que, poco á poco, me iban explicando la honrosa acogida que le dispensaban mis mayores.

Había en las groseras delicadezas—no hallo expresión más cabal,—en el rumboso desprendimiento, en la pura jovialidad, en el sano y comedido lenguaje, en la bizarra apostura, en el justo y recto pensar y en el siempre hidalgo proceder de aquel palurdo, una levadura tan fuerte y tan castiza de nobleza y caballerosidad, una tan alta distinción, aristocracia y señorío del alma, que rústico y todo, ganas daban de vestirle una toga ó de colgarle una excelencia.

Nada, que aquel hombre parecía vaciado en la misma turquesa que el insigne *Pedro Crespo*.

¡Y harto lo demostró!

II

Los viajes de Moreno á Sevilla no guardaban periodicidad alguna, si no era en los dos términos críticos del año económico-rural, *por San Juan* y *por San Miguel*, en los cuales su llegada era fija, como la del sol en cada día.

Desde tiempo inmemorial, tenía el buen hombre en arrendamiento una casa, un olivar y un molino aceitero, propiedad todo ello de una tía nuestra; y en ambas fechas iba infaliblemente, bien á liquidar los alquileres, bien á pedir ó satisfacer algún adelanto, de los que para ayuda de la siembra ó de la recolección, de muy buena gana le facilitaba mi familia.

Fuera de aquellas épocas, sus visitas no la tenían determinada, si bien solían ser numerosas, por serlo los asuntos que le llevaban á Sevilla.

Pero el año á que me refiero, llegó el día de San Juan, y Moreno, por la primera vez, no acudió á casa de mis abuelos.

—¡Es extraño! ¿Estará enfermo? Acaso el desembolso que hizo para redimir á su hijo de las quintas le tiene alcanzado de fondos, y como es él tan caballero, no pudiendo pagar, no se atreve á presentarse.—Pensó mi familia, y temerosa de que se atribuyese á impaciencia

interesada el cuidado afectuoso, no intentó inquirir inmediatamente la causa de aquella ausencia.

Pero transcurrió un mes y otro, llegó San Miguel y tampoco apareció Moreno. Entonces, ya la inquietud de mis parientes subió de punto. Escribieron á Zalamea y no obtuvieron contestación. Preguntaron al aperador del cortijo que unos amigos nuestros tenían en aquel pueblo, y ese respondió que Moreno había estado gravemente enfermo, que tenía grandes penas—no quiso expresar cuáles fuesen;—pero que á pesar de todo ello, sabía por él mismo que no tardaría en parecer por Sevilla.

Y en efecto, una mañana, de las últimas de aquel otoño, y sin que previamente le anunciase el alegre campanillazo y los bulliciosos saludos de costumbre, apareció Moreno, sin alforjas, ni capote, ni regalo, y casi sin alientos y sin voz, á la puerta del comedor de casa.

Saludó apresuradamente, disculpóse como pudo de la falta del obligado obsequio, arrojó á un rincón el ancho *pavero* y se dejó caer en la silla que acostumbraba á ocupar frontera de la puerta. Cuando al darle de lleno la luz pudimos ver su horrible demacración y rápido envejecimiento, fácilmente adivinamos que el mal que le acababa, más que en el cuerpo, debía residir en el espíritu.

Para disimular la mala impresión, todos preguntámos simultáneamente: - ¿Qué ha sido eso? —¿Cómo no ha venido usted?

—¡Mírenme á la cara, zeñore!—contestó el labriego amargamente. Y cierto que su aspecto respondía por él con tan dolorosa elocuencia,

que nadie se atrevió á articular palabra. Entonces Moreno, dirigiéndose á mi tía, cuyo inquilino era, sacó de la faja unos billetes de Banco, diciendo:

—¡Ante todo, la obligación religiosa!—y entregó, casi por fuerza, los billetes á mi conmovida parienta, que no osaba recibirlos antes de conocer la situación del fidelísimo arrendatario.

—¡Ahora—suspiró éste,—gracias á Dios, ya nada debo, ma que mi cuerpo á la tierra que lo *yama* y mi arma ar Señó que la crió!

—¿Se acuerdan ustede, zeñore—prosiguió rehaciéndose,—cuánto me costó *desidíme* á redimí *ar niño* de la quinta? Po su mare lo jise, que no debiera, y mi corazón que es mú leá m'avisaba que aqueyo no iba erecho. ¿No zerví yo ar Rey y á la patria ¡y á mucha honra! zeñore? ¿Pa qué librá ar zeñorito? Pue... ¡pa su perdisión y la mía!... Er mu zandio der *zagá* z'enamoriscó de una lambrija, de una cursilona *jambría,* que porque sirvió á una marquesa z'empeña en arrastrá *faralare* por los terrone de Zalamea. Y como z'enamoró, ze cazó, y como —¡gracias ar mimo de su mare, ese hijo ha salío una *piesa de leva!*—ni er marío ni la mujé servían pa ganá una condená peseta, pero tenían *jumo* é zeñore, que—"Cuando la jormiga se quié perdé, alas le han de nasé."—¿Y qué jisieron, zeñorita, si jasta er contálo m'abrasa los labio!...—Aquí, el acongojado padre bajó la la voz, y sólo pude percibir algunas palabras sueltas: *papeles falsos... chanchullos... escribano... justicia...* y por último, en voz alta:—¡Vamo que, á *güen componé*, ni un clavo ha queao en mi casa! ¡Y er bribón... er mal'arma é

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mi Juan... En la carsel, zeñoritos... y por ladrón! ¡Un hijo de este hombre! ¡Era pa matarle! Pero... como es mi hijo y... el único, y tan querío... Entre matarle ó morirme... ¿qué jase un pare?... Me muero yo, y me muero... de vergüenza, ¡María Santísima!

Y cubriéndose con ambas manos la cara, como si quisiera esconder á todo el mundo su rubor honrado, el gigante de Zalamea lloró como un niño.

De pronto se levantó, restregóse los ojos y sollozó débilmente:—¡Toda mi vía trabajando y pa esto!...

Entonces mi tía intentó devolverle sus billetes. El coloso se irguió de súbito y su noble semblante se tornó hosco, duro, casi amenazador:—¡Eso no, zeñorita!—dijo con ruda grandeza:—aún me quean mis mano pa ganarme er bocao de pan que necesite... ya pa mú poco tiempo!—Y recobrando su aspecto de viril resignación:—He sembrao en mala tierra, es verdad—dijo,—pero la cosecha que aquí se perdió... se recogerá ayá arriba!

Tomó el sombrero, revolvió dolorosamente la vista, como si lo contemplara todo por la postrera vez, y acabó por fijar en mi tía, en su señora, como él la llamaba, una mirada al par sostenida y asustadiza, que revelaba algo indefinible, como si el pobre enfermo del alma luchase con un anhelo que no se atreviese á formular.

Por fin, dió un paso hacia su protectora, la miró con expresión suplicante y balbuceó con voz ahogada:—¡Vaya, por despedía, zeñorita!

Y rápida, furtivamente, como quien comete

un delito, le tomó la diestra y se la estrechó llorando y haciéndonos llorar á todos.

Después salió como fugitivo de su audacia y y abochornado de su emoción.

III

Y en efecto, poco tiempo después, el infeliz padre murió, como había dicho... ¡de vergüenza!

Aquella única familiaridad, aquel increíble atrevimiento del pobre campesino, ya decían bien á las claras que despedida tan solemne era la suprema. Sólo en tal ocasión hubiera él osado semejante desacato. Y sin embargo, su desacato sublime era todo un poema.

.....

Siembre que oigo hablar de socialismo, se me aparece aquel grupo simbólico del labrador y su señora, con las manos asidas y los ojos llenos de lágrimas.

¡Plegue á Dios que no se acaben en España los señores cristianos y los rústicos de la estirpe de los *Crespos* y los *Morenos de Zalamea!*